

Guadalupe de México, por el Dr. D. José Miguel Guri-
di y Alcover. México, 1820.

13.^a *Baluartes de México*, por el licenciado D. Ma-
riano Fernández de Echevarría y Veytia. México, 1820.

14.^a *La aparición de Nuestra Señora de Guadalupe
de México, comprobada con documentos históricos y de-
fendida de las impugnaciones que se le han hecho*: su
autor el licenciado D. Julián Tornel y Mendivil. Oriza-
ba, 1849.

15.^a *Disertación histórica sobre la aparición de la por-
tentosa Imagen de María Santísima de Guadalupe de
México*, por el Dr. D. Francisco Javier Conde y Oquen-
do. México, 1852.

En las siguientes páginas daremos razón de una de
las obras que constan en la lista que precede, por ser la
que más cumple con nuestro objeto.

LIBRO II

DISERTACION HISTÓRICA

EXTRACTADA DE LA OBRA ESCRITA

POR EL

DR. D. FRANCISCO JAVIER CONDE Y OQUENDO

penas, como ya dijimos, de Cristóbal Aguirre y de su mujer Teresa Pelegrina.

La calzada de piedra fué construída por orden y á expensas de D. Fray Payo de Rivera, arzobispo y virey de México.

El año de 1623, siendo virey el marqués de Cerralvo, las lluvias fueron tan fuertes y continuadas que se reventaron los diques y la ciudad se inundó, al grado de que en algunas calles el agua subió dos y tres varas. Se determinó traer á la Virgen de Guadalupe á la capital, como en efecto se verificó, conduciéndose á la Santa Imagen en una canoa. El acompañamiento lo formaron más de doscientas canoas, llenas de gente de lo más principal que había, tanto entre los indios como entre los españoles; los unos vestidos con sus caprichosos trajes de lana y plumas y los otros con los uniformes de su respectiva profesión.

Al llegar á la ciudad, como era ya de noche, se encendieron en las canoas más de dos mil luces, y en medio de surcos luminosos que se reflejaban en las aguas, y al son de armoniosos instrumentos y de religiosos cánticos dió fondo en la plaza mayor esta singular é improvisada escuadra.

Cuéntase que la Teresa mexicana, la célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, estando esa noche en oración, tuvo un éxtasis ó arrobamiento, en el cual vió á la Imagen de Guadalupe, y oyó que le decía que apiadado Jesucristo de los habitantes de México, las aguas se iban á retirar.

El día siguiente la monja poetisa dió parte de lo ocurrido á su confesor, que lo era D. Alonso de Cueva y Avalos, y éste al Arzobispo.

Ninguno de los dos creyeron en lo que decía, pero lo cierto fué que las aguas comenzaron á bajar y en pocos días se retiraron definitivamente de la ciudad.

La Virgen fué entonces restituída á su Santuario.

En 1751, se promovió por el canónigo Dr. D. Francisco de Siles, una información jurídica para comprobar la verdad de la aparición.

Se tomaron informaciones de varios testigos y de personas de una edad muy avanzada, que conocieron en Cuautitlan á varios parientes y amigos de Juan Diego y Juan Bernardino, y todos declararon de conformidad con lo expresado en las relaciones publicadas por el licenciado D. Miguel Sánchez y el bachiller D. Luis Berra Tanco.

También con este motivo se convocó una junta de pintores para que reconocieran el lienzo de la Imagen, y entre otros ocurrieron los célebres Miguel Cabrera y José de Ibarra que han dejado tan excelentes obras de un pincel, y declararon que por falta de preparación de lienzo, por la combinación de los colores, y por la firmeza del dorado era una obra verdaderamente maravillosa y sobrenatural.

En aquella ocasión Cabrera sacó tres copias, una que conservó en su poder, otra que tomó el Arzobispo D. José Rubio Salinas y la última que se envió al Papa Benedicto XIV, quien la mandó colocar en el convento de religiosas de San Francisco de Sales.

Por este tiempo el culto de la Virgen de Guadalupe de México se había extendido por la América del Sur y por Europa. En Lima y el Perú tenía ya templos, y en Madrid se formó en la iglesia de San Isidro el Real una congregación de que era hermano mayor el Rey

Fernando VI y cofrades D.^a Isabel de Farnesio, la Duquesa de Savoya, la Delfina de Francia, el Arzobispo de Toledo y otros personajes de ilustre alcurnia y elevada posición.

Entre otras fundaciones, la congregación estableció en Madrid una casa de beneficencia donde eran socorridos los americanos pobres ó enfermos. Esta misma corporación contribuyó con sus limosnas é influjo á que se concluyese el nuevo templo.

Esta es en compendio la historia de la tradición religiosa. Ella ha sido impugnada en una memoria que presentó á la Academia de Historia de España en 18 de Abril de 1794, el licenciado Juan Bautista Muñoz, y en un sermón que predicó el Padre Servando Teresa Mier en la misma Colegiata de Guadalupe el 12 de Diciembre del mismo año. La memoria del licenciado Muñoz se encargaron de refutarla los doctores D. Manuel Gómez y Marín y D. José Miguel Guridi y Alcocer. En cuanto al sermón del Padre Mier, no fué refutado sino condenado como impío é irreligioso, por edicto que el arzobispo don Alonso Núñez de Haro publicó en 25 de Mayo de 1795.

Veamos ahora por que está ligado el Santuario de Guadalupe con la historia del país.

Los españoles le llamaron Tepeaquilla y allí estuvieron asentados las reales de Gonzalo de Sandoval, durante las sangrientas batallas que precedieron á la toma de México: así, aquellos lugares no se pueden mencionar sin acompañar á ellos el recuerdo de uno de los mejores y más valerosos capitanes españoles y de uno de los sucesos que cambiaron la civilización, la raza y las costumbres del poderoso imperio de Moctezuma.

Antes de la Aparición de la Virgen, aquellas ásperas

serranías eran lugares en que se celebraban los misterios sangrientos y bárbaros de la religión de los mexicanos. Multitud de poblaciones de veinte y treinta leguas á la redonda acudían en tropel á presentar sus ofrendas y hacer humanos sacrificios á la cruel *Tonantzín* ó madre de los dioses. Cuanta sangre humana se derramaría en aquellos tenebrosos é impuros altares, sólo puede calcularse haciendo un estudio reflexivo de la historia antigua del imperio mexicano: así, sustituir una Virgen de clemencia, de amor, de mansedumbre, cuyas ofrendas consistían en las flores del campo, en el aroma de la mirra y la cera de las colmenas, á la terrible *Tonantzín* que exigía los corazones sangrientos y palpitantes de sus hijos, fué un cambio inmenso é incalculable en favor de la humanidad y de la civilización de las razas indígenas. El culto de la Virgen representaba la poética y sencilla adoración de Abel; el de la diosa idolátrica, la sangrienta y fraticida venganza de Caín, repetida diariamente en una espantosa escala.

La Virgen de Guadalupe se estampó en una tela hecha de fibras de plantas indígenas, fabricada por la industria propia de los hijos del país: su traje es una túnica de lana que le baja del cuello á los piés, y un manto que le cubre la cabeza, traje de las nobles y ricas doncellas aztecas; su color, moreno: su cabello negro y lacio: su fisonomía, amable, cándida y humilde. Se apareció á un indio y en el lugar célebre entre los indios. Todo, en una palabra, era nacional y característico del país que acababa de ser conquistado. La Virgen se llamó la *Virgen criolla*, y la pobre raza que acababa de ser conquistada y humillada, que veía sus campos y sementeras taladas, sus casas presas del incendio, y la sangre

de sus deudos todavía humeando en los campos y corriendo mezclada con la linfa pura de los arroyos se encontró repentinamente con un sér divino y sobrenatural á quien clamar y pedir amparo de la crueldad é injusticia de los hombres. Después del fuego y del acero debía naturalmente venir la conquista dulce y pacífica de la Religión.

La fe, la adoración y el amor á esa Virgen, que en vez de ser la diosa terrible de la sangre y de la guerra, era la madre clemente que curaba á los ciegos, que libertaba á los náufragos, que socorría á los necesitados y consolaba á los afligidos, fué esparciéndose por toda la vasta extensión de la Nueva España, muy particularmente entre las razas indígenas; de suerte que su nombre tenía tal poder mágico entre el pueblo que doscientos setenta y dos años más tarde debía influir poderosamente en uno de los más grandes acontecimientos de nuestra historia: nos referimos á la guerra que México sostuvo para independerse de su antigua metrópoli.

Al derredor del templo se fueron levantando algunos jacales, luego casas pequeñas y después más grandes, hasta formarse una población pequeña, pero bastante regular en su orden y construcción.

En Octubre de 1821, el Emperador Itúrbide instituyó la orden mexicana de Guadalupe, que se extinguió con la muerte del caudillo de la independenciam y la nueva forma de gobierno. Esta orden volvió á restablecerse por el general Santa-Anna, con gran solemnidad el 19 de Diciembre de 1853.

Otro tanto hizo más tarde el desventurado príncipe Maximiliano de Austria.

Guadalupe tiene otro recuerdo importante y es la ce-

lebración del tratado de paz con los Estados-Unidos del Norte, que concluyó el 2 de Febrero de 1848.

En algún tiempo formó parte de las rentas de la Colegiata una lotería con fondo de trece mil pesos que se celebrada dos veces al mes.

En aquella época, el día 12 de Diciembre de cada año el Jefe del gobierno y todas las autoridades de México concurrían de gran uniforme y en solemne procesión á la Colegiata de Guadalupe, donde se celebraba una función religiosa con extraordinarios lujo y esplendor.

En 1854, el Presidente de la República colocó personalmente en el altar mayor de la iglesia de Capuchinas el estandarte del cura de Dolores.

Los indios tienen en Guadalupe su fiesta particular que se llama *de los naturales* y no hace mucho aun que concurrían vestidos á la usanza mexicana y otomita y bailando sus *mitotes* como en tiempos antiguos.

El Sr. Payno describía en 1855 las fiestas de Guadalupe, de la siguiente manera:

«La gente del pueblo de México que concurre con frecuencia al Santuario, regularmente pasa allí un día de campo, mitad profano y mitad religioso. Después de oír misa, pasan á la capilla del Pocito, y beben en unas jarras de cobre que hay allí, una gran cantidad de agua sulfurosa. De la capilla del Pocito pasan á la del Cerro, se encomiendan de nuevo á la Virgen y de allí se van á almorzar en medio de las breñas y los abrojos del cerro. El almuerzo se compone de piernas de chivo, secas, que llaman *chito*, con una salsa de *chile* amasada con *pulque*, que se llama *chile borracho*. Después del almuerzo duermen la siesta á la sombra de una peña ó de

una pared vieja, y así que el sol declina bajan á la plaza á comprar unas *tortillitas* de maíz cocido con dulce, que son del tamaño de un real, y que no las hacen en ninguna parte del país más que en los alrededores del Santuario. Ya entrada la tarde regresan todas las familias á pié, rezando unas el rosario y cantando otras, y todas amando á la Virgen de Guadalupe, y con unas ramas de álamo, un cántaro de agua sulfurosa y los pañuelos y bolsillos llenos de tortillitas, que son los trofeos que forzosamente se traen de la peregrinación y los regalos que ansiosos esperan los chicuelos y parientes que se han quedado en casa.»

El agua del pozo de Nuestra Señora de Guadalupe es fría.

La existencia de ese mantial es de la más remota antigüedad. El Bachiller Becerra Tanco, dice al referir una de las apariciones, que fué allí «donde mana una fuente de agua aluminosa.» Esta circunstancia ha hecho que se la mire como milagrosa, y que la devoción la aplique á toda clase de achaques: vista á la luz de la buena crítica, es indudable que posee cualidades medicinales. Estas propiedades medicamentosas no han sido apreciadas debidamente por los médicos de la capital. La gran cantidad de ácido carbónico que contiene el agua del Pocito y la no despreciable de hierro la hacen muy importante para la farmacia y la medicina, y la constituyen en una verdadera limonada carbónica y compuesto ferruginoso de la mayor eficacia (1).

Concluiremos estos apuntes de la villa y su Santuario con la siguiente noticia de la plata labrada que existía

(1) D. Manuel Berganzo.—Artículo sobre las aguas de Guadalupe y el Peñón.

en la Colegiata de Guadalupe en Enero de 1683, y que se formó por orden del Ilmo. Sr. D. Francisco Aguiar y Seijas, Arzobispo de México:

Veintiocho lámparas de plata, medianas y pequeñas.

Una lámpara grande, colocada delante del altar mayor.

Treinta y dos blandones de tamaño común.

Dos blandones de dos y media varas de alto.

Cuarenta y cinco candeleros, cuatro de filigrana.

Ochenta y nueve pebeteros.

Cinco perfumadores y un braserito.

Veintiuna jarras.

Un atril.

Unas *palabras* de plata.

Una cruz mango de plata.

Una Imagen vaciada, de más de una vara de alto.

Un candil con seis mecheros.

Una cruz de plata sobredorada.

Seis vinajeras.

Diez y ocho salvillas.

Dos pares de vinajeras con sus salvillas doradas y una campanita.

Cuatro albortantes.

Dos fuentes de plata redondas.

Tres incensarios con sus navetas y cucharas.

Dos vasos, dos pares de espabiladeras y un plato para limosnas.

Un hostiario y un acetre, dos ciriales y un hisopo.

Un cáliz con su patena dorada, con esmaltes de oro.

Una salvilla y vinajeras doradas.

Un depósito de plata.

Diez cálices con sus patenas.

Un basamento de plata.

Una corona sobredorada.

Un frontal de plata para el altar mayor.

Un baldoquín de plata.

Un tabernáculo que regaló el conde de Salvatierra.

Un vaso de plata sobredorada, una cruz de cristal con su peana y extremos de plata dorada.

Una Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe con su peana y dos picheles.

Doce columnas en el altar mayor, la guarnición del marco de la Virgen, con peso de más de mil quinientos marcos, regalado por diversos bienhechores y devotos.

Una cruz, el evangelio de San José, dos candiles, cuatro ramilletes, una salvilla, una sarta de treinta y siete amatistas engastadas en oro, dos blandones, cuatro candelabros y algunas otras piezas pequeñas.

Toda esta plata pesaba cuatro mil y quinientos marcos de plata quintada.

Además, en ese tiempo existían cinco ornamentos completos, veinticuatro casullas, veinte frontales y cuatrocientos veintiocho palios, siendo ocho de ellos salpicados de piedras preciosas, perlas y aljófar de gran valor.

Agregaremos á las noticias que han formado este capítulo otra de las obras más notables que se han escrito en distintas épocas, relativas á la aparición de la Virgen de Guadalupe.

1.^a *Imagen de María Madre de Dios de Guadalupe*, por el Br. Miguel Sánchez. México 1648. Es la primera historia de este suceso que existe impresa.

2.^a *Huei tlamahuízoltica omenexiti in ilhuicac tlatoca zihuapilli. Santa María Totlazonantzín Guadalupe in nican huei altepenahuac México itocayocan Tepeyacac*, re-

lación en mexicano, por el Br. Luis Laso de la Vega. México, 1649.

3.^a *Relación de la milagrosa aparición de la Santa Imagen de la Virgen de Guadalupe de México, sacada de la historia que compuso el Br. Miguel Sánchez*, por el Padre Mateo de la Cruz. Puebla, 1660.

4.^a *Origen milagroso del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe*, por el Br. Luis Becerra Tanco. México, 1666.

Pensó el autor hacer segunda edición con muchas adiciones, pero se lo estorbó la muerte.

El Dr. D. Antonio de Gama, aprovechó los manuscritos y reimprimió la obra en 1675, con el título de *Felicidad de México en la admirable aparición de la Virgen María Nuestra Señora de Guadalupe*.

5.^a *La estrella del Norte de México*, por el Padre Francisco de Florencia. México, 1688.

6.^a *Maravilla americana*, por D. Miguel Cabrera, pintor. México, 1756.

7.^a *Breve ragguaglio della prodigiosa é rinomata immagine della Madonna de Guadalupe del Messico*, por el Padre Francisco Javier Clavijero. Cesena, 1782.

8.^a *Manifiesto satisfactorio*, opúsculo guadalupano, por D. José Ignacio Bartolache. México, 1790.

9.^a *Pensil americano, florido en el rigor del invierno*, por D. Ignacio Carrillo Pérez. México, 1797.

10.^a *Sermón de Nuestra Señora de Guadalupe de México*, por el Dr. D. José Patricio Fernández Uribe. México, 1801.

11.^a *Defensa guadalupana*, por el Dr. D. Manuel Gómez Marín. México, 1819.

12.^a *Apología de la aparición de Nuestra Señora de*

Guadalupe de México, por el Dr. D. José Miguel Guri-
di y Alcover. México, 1820.

13.^a *Baluartes de México*, por el licenciado D. Ma-
riano Fernández de Echevarría y Veytia. México, 1820.

14.^a *La aparición de Nuestra Señora de Guadalupe
de México, comprobada con documentos históricos y de-
fendida de las impugnaciones que se le han hecho*: su
autor el licenciado D. Julián Tornel y Mendivil. Oriza-
ba, 1849.

15.^a *Disertación histórica sobre la aparición de la por-
tentosa Imagen de María Santísima de Guadalupe de
México*, por el Dr. D. Francisco Javier Conde y Oquen-
do. México, 1852.

En las siguientes páginas daremos razón de una de
las obras que constan en la lista que precede, por ser la
que más cumple con nuestro objeto.

LIBRO II

DISERTACION HISTÓRICA

EXTRACTADA DE LA OBRA ESCRITA

POR EL

DR. D. FRANCISCO JAVIER CONDE Y OQUENDO